

CULTURA Y VIDA COTIDIANA: DOS DESAFÍOS INELUDIBLES¹ NOTA A MODO DE PRÓLOGO

NELSON VERGARA M.²

Resumen

El trabajo señala la actual situación cultural globalizada como ámbito de realización de la vida cotidiana, destacando no solamente la necesidad de conocer sus interrelaciones, sino que también sus expectativas, para lo cual se sitúa a nivel de

las exigencias de interpretación que emanan de ellas. A estas exigencias las llamamos aquí desafíos.

Palabras Clave: Cultura; globalización; cotidianidad; rutina; transgresión.

Abstract

This work signals the current globalized cultural situation as an area of execution of daily life, highlighting not only the need to know its interrelations, but also its expectations, for which it is situated at the level of the exigencies of interpretation that

emanate from them. These exigencies are termed here, challenges.

Key Words: culture; globalization; daily; routine; transgression.

¹ Esta nota es producto del proyecto de investigación "De islas y fragmentaciones. Poéticas y políticas de los discursos artísticos y culturales chilotes relativos a la identidad de Chiloé en el siglo XXI", desarrollado en colaboración con Sergio Mansilla, Proyecto N° 1050623, financiado por FONDECYT para los años 2005-2007.

² Universidad de Los Lagos, Chile. E-mail: nvergara@ulagos.cl

Los desafíos de los que hablamos aquí, son, en lo esencial, desafíos de comprensión. Comprensión de lo que las realidades mencionadas en el título manifiestan a las alturas de nuestro tiempo; comprensión, fundamentalmente, de sus conexiones e interdependencias, es decir de sus condiciones sistémicas; comprensión en fin de la necesidad de indagar en sus profundidades.

1. El primer desafío emerge cuando se trata de comprender los contextos que un estudio de la cultura hace necesario, es decir, la situación social e histórica a la que responde así como ayuda a constituir; y en la actualidad, ésta no es otra que aquélla que se discute hoy día bajo el concepto de Globalización, terreno éste embargado de ambigüedades, tensiones, contradicciones y antagonismos que ponen en tela de juicio la eficacia de las palabras o las voces comprometidas allí.

Pero la reflexión responsable no puede darse la licencia de ser abstracta y forzosamente tiene que dirigir sus miradas a estos mundos globalizantes y globalizados, porque éste y no otro es el marco o escenario en que la historia actual se juega sus posibilidades de futuro, sus expectativas de triunfo o de fracaso.

Al respecto, se ha insistido ya con mucha fuerza que la Globalización es, más allá de toda controversia, una cuestión de orden cultural, una peripecia que le concierne a la cultura y que en esta medida la constituye como un nuevo desafío comprensivo-interpretativo. Hay por esto un creciente número de razones que hacen aconsejable una mirada o un conjunto de miradas situadas hacia el centro de ella. Entre éstas, una que ha venido apoderándose de nuestra intelectualidad cada vez a mayor escala, es la que, entre otros, ha venido defendiendo Manuel Antonio Garretón, idea según la cual nuestras sociedades se han ordenado tradicionalmente de acuerdo a ciertas dominantes que representan el sostén, la estructura de base de las relaciones sociales. A su juicio, hasta la década de los setenta, este papel lo habría representado la política. Con posterioridad, sin embargo, durante todo el régimen militar y hasta bien entrados los períodos de transición, la política habría sido desplazada de su función estructurante y reemplazada por la economía y las finanzas. Sin embargo, a su juicio, el desafío de la Globalización no estaría propiamente en la esfera de lo económico sino de lo cultural. De aquí que se postule que el gozne en torno al cual se desenvolverá la sociedad o las sociedades del futuro será el de la información y el conocimiento. Y por esto resulta entonces un desafío atender a la Globalización, comprendiéndola como una función de la cultura. Ésta, la Globalización cultural, es, por lo tanto, el foco que ha de iluminar los nuevos escenarios, en los que paradójicamente ella misma es uno de sus principales actores. Parece un círculo. Quizás lo sea. En todo caso, preferimos entenderlo como círculo abierto a la hermenéutica y no como un círculo vicioso.

En este lugar, la propia cultura ha de darnos entonces las pistas adecuadas para su análisis y proyección. No es una tarea sencilla, sin embargo, y no lo es porque la propia cultura en la que tenemos que afirmarnos para hacer posible la experiencia de reflexionar sobre ella, está hoy como desde hace ya bastante tiempo, en situación de transformaciones radicales, las que son referidas bajo las categorías de inestabilidad, de

cambio o de crisis. Y aunque no está muy claro esto de las crisis, hay buenas señales para pensar que se trata de transformaciones más bien ligadas a un crecimiento acelerado e imprevisible, que ha hecho de los actuales escenarios, plataformas de acciones y reacciones desconcertantes en los que la expresión “todo vale” se va diseminando como el color moral propio de la época. En estas atmósferas, las nivelaciones encuentran la misma justificación que las diversidades y diferencias. Y es que la cultura parece haber cambiado con mayor rapidez en el plano de su realidad efectiva que en el marco de su realidad conceptual, y son esos cambios los que debemos recoger con el fin de poner al día los conceptos y categorías con que pretendemos entrar en tratos futuros con las cosas.

Una aproximación interesante a estos cambios culturales es la que nos proporciona, por ejemplo, la reflexión de B. Subercaseaux. Según él, es imperativo hacerse cargo de las exigencias que la cultura plantea a nuestras concepciones, porque es un hecho que a lo menos en el plano de la impresión, la palabra cultura denota, junto con referentes tradicionales, otros referentes emergentes, sin cuya comprensión todo diálogo centrado en cuestiones culturales está condenado a la formalidad y, por lo tanto, al fracaso, o cuando menos al peligro del disimulo, la ocultación, el simulacro, este último, uno de los tantos riesgos a que estamos expuestos hoy día por efectos de la impostura y, eventualmente, del engaño planificado.

Pero, ¿cuáles son estos cambios culturales y qué desafíos conllevan? De hecho, no son cambios puramente extensionales. Son también cambios en profundidad que hacen que la vida cotidiana se transforme hasta los bordes. B. Subercaseaux es taxativo en esto: desde hace algunas décadas, dice, *cultura* “ya no es sólo una acumulación de obras y conocimientos que un segmento de la sociedad produce, cultiva y conserva, o que un país rico en pasado y tradición ofrece a otros países. No se trata, por tanto, de algo que hay que conquistar o poseer, sino de una dimensión que está presente en toda persona o grupo social” (*Cultura y desarrollo en Chile*, 231). Y agrega que la cultura, en los contextos actuales, es “el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales que caracterizan a una sociedad o grupo social” (op.cit., 231). Esta ampliación significativa del concepto incorpora, además de las tradicionales artes y letras, “los modos y condiciones de vida de un grupo o sociedad, los sistemas de valores, las tradiciones, las creencias, y las diversas formas en que se expresa y desarrolla el individuo” (op.cit., 231), todo lo cual se manifiesta expresamente en nuestro tiempo, oscilando entre extremos que hasta hace poco habrían resultado inaceptables. Así, a su juicio, cultura será “la pintura, pero también los graffiti; el teatro de sala, pero también el teatro callejero; el patrimonio arquitectónico, pero también la arquitectura anónima; las grandes ciudades y los barrios modernos, pero también los suburbios y las esquinas” (op.cit., 231).

Sintonizando grandemente con estas sensibilidades e ideas, el informe final del proyecto “Pensamiento Renovado de Integración”, convocado por el Convenio Andrés Bello, y recogido en el libro *El espacio cultural latinoamericano*, reafirma la centralidad de la cultura como rasgo característico de los mundos contemporáneos, aludiendo también a las dimensiones en las que se puede definir. Allí se afirma también que, la cultura

es, por un lado patrimonio acumulado y en permanente renovación y crecimiento, procesos de creación y creatividad de grupos sociales, artistas, intelectuales o científicos, y aparatos, industrias e instituciones que cristalizan estos procesos, y por otro, “la dimensión más amplia e intangible de respuestas a la pregunta por el sentido personal y colectivo, a través de creencias, saberes y prácticas”(op.cit., 20). De este modo, desde ahora, será un permanente desafío cómo vincular ambas dimensiones.

Al respecto, se puede conjeturar que un punto de partida podría ser la puesta de manifiesto del carácter comunicacional, mass mediático, que han venido adquiriendo estos procesos y productos culturales, su pertenencia a una sociedad en la que la misma información se transa como un bien de consumo, generando así la necesidad de garantizar el acceso a ella, y de superar las crecientes brechas sociales que sólo favorece privilegios. Importantes reflexiones al respecto pueden hallarse en ensayos de M. Hopenhayn, de José Joaquín Brunner, de Manuel Antonio Garretón, de Jorge Larraín, Nelly Richard, entre otros. Un detalle importantísimo del papel revolucionario que las sociedades actuales le están asignando a la cultura, puede observarse, según el *Informe* aludido más arriba, en el “revival religioso, a veces fundamentalista o comunitarista, la afirmación del sexo, el color, la comunidad, el terruño, la edad y la biografía individual y colectiva” (op.cit., 26). Con otras palabras, en todo aquello que hoy día se presenta como diferencias y que ponen una vez más en juego el problema de las identidades. “Las identidades, dice el Informe, se entronizan en la sociedad” (op.cit., 26).

¿Cómo responder a estos desafíos de comprensión de la vida cultural y eventualmente promover su crecimiento y desarrollo, y de este modo satisfacer las exigencias de un escenario adecuado para convocar a un diálogo relativo a la cotidianidad?.

A lo menos una parte de esto está centrado hoy día en la constitución y puesta en obra de lo que se viene denominando “políticas culturales”. Pero estas políticas culturales, en tanto “conjunto de actividades e iniciativas” que funcionan como directrices para la satisfacción de necesidades culturales, aparece también como un desafío, por cuanto de ello depende la naturaleza y el modo de la participación en los procesos creativos, así como en el goce de sus productos. Por esto, la cuestión de las políticas culturales estará siempre en el centro de la discusión que, claro está, trasciende los marcos de la propia cultura. Una muestra de esta discusión, en términos de propuestas, la encontramos en los ya citados textos de Subercaseaux y Garretón.

En lo esencial, lo que se plantea en ellos es que las políticas culturales, en sus fases de elaboración y de ejercicio efectivo, tienen que situarse en los límites de las condiciones que presenta la cultura, y no partir de una situación doctrinaria e ideológica que tienda a satisfacer las necesidades de un sector de la sociedad en desmedro de otros, y de esta manera hegemonizar su ejercicio y acrecentar las brechas. Al respecto, B. Subercaseaux dice que una reflexión y un diagnóstico exhaustivo de las políticas culturales en un clima de globalización no debiera limitarse al referente estatal o al ámbito nacional sino que debiera incluir también al sector privado y al mercado, a la sociedad civil y sus organizaciones, incluso a personas, grupos e instituciones, en concordancia

precisamente con los cambios que han devenido en los sectores tan plurales de la cultura (op.cit., 229). En estas situaciones, el papel del Estado, como en otros campos de la vida social, pasa a tener sólo la responsabilidad de facilitador, de agente “que abra camino e incentive la creatividad y la creación en todos los estratos” (op.cit., 230). Hacerlo así ayudaría a pasar de situaciones de democratización cultural, entendida como aquéllas que, mediante un paradigma extensional, buscan facilitar el acceso de las mayorías a la cultura ya de algún modo constituida en lo material y simbólico, a situaciones de democracia cultural, que se propone incrementar la participación, favoreciendo las actividades por sobre el consumo del producto. Con otras palabras, atender más a las demandas y necesidades culturales que a la oferta cultural. De este modo, se cree que se hace más viva y protagónica la sociedad, procurando institucionalizar una forma de vida que se caracterice por el respeto a la pluralidad de culturas y por la participación de cada grupo social en los hechos culturales.

Sin embargo, el asunto es complejo y de difícil implementación porque estos desafíos reclaman finalmente atender a la exigencia que está en la base de todo lo expuesto: la decisión y la voluntad para dejar atrás toda forma tutelada o protegida de democracia, y avanzar hacia una democracia en que tenga sentido la creación de condiciones para que “todos los sectores puedan desarrollar libremente su creatividad”, incluyendo, claro está, al propio Estado. De esta manera, valores y, en consecuencia, derechos a los que vale la pena aspirar, como el pluralismo, la descentralización, la solidaridad tendrán siempre como horizonte el derecho a la libertad y el deber de acrecentarla para el bien común. En este sentido es reconfortante saber que un sector importante de nuestra intelectualidad, abre caminos a una renovación reflexiva que responde al nombre un tanto utópico, pero por utópico humano, de humanidades y ciencias humanas, entre las que la filosofía está una vez más llamada a intervenir. De aquí que un segundo desafío a destacar sea precisamente el que compromete a todos estos puntos de vista; esto es, la atención al ámbito en que una cultura globalizada, como en general toda cultura, se manifiesta y realiza efectivamente: el ámbito de la vida cotidiana.

2. Ahora bien, es claro que la vida cotidiana no puede considerarse como un tema emergente en la reflexión contemporánea; pero, tampoco puede decirse que haya sido parte del centro de sus preocupaciones desde siempre. En cierto modo responde a una necesidad que decanta y se hace ostensible en ciertas líneas del pensamiento de nuestra época y desde ahí nos afecta y compromete. La historia misma de la filosofía y de las ciencias humanas y sociales va mostrando cómo la vida humana, en su condición de realidad concreta y efectiva, va accediendo a la condición de principio. Existencialismo, marxismo, incluso marxismo-leninismo, Fenomenología son momentos decisivos; y en América Latina, probablemente la llamada Filosofía de la Liberación, así como la más reciente Filosofía Intercultural, también lo son. Otras importantes líneas del pensamiento actual, si bien acentúan aspectos de lo humano, no ponen la atención precisamente sobre la integridad del fenómeno, tal como lo hacen las reflexiones mencionadas más arriba. En este aspecto podemos referirnos al neopositivismo, a la teoría crítica, al psi-

coanálisis, a la hermenéutica, al constructivismo, y, en general a aquellas líneas conocidas hoy como postmodernas.

Pero, ¿qué queremos destacar cuando decimos que se debe abordar filosóficamente el problema de la vida cotidiana? Para nuestro propósito, esto alude a lo menos a los siguientes aspectos fundamentales.

En primer lugar, la filosofía, en forma abierta y evidente, o encubierta tras determinadas apariencias, ha tenido siempre un aspecto esencialmente autobiográfico, incluso diarístico, según ha escrito en nuestro medio el pensador chileno Humberto Giannini, a quien pretendemos seguir de cerca en esta nota. De aquí que sus referencias, a pesar de la aparente ausencia de circunstancialidad, sean siempre concretas. Por esto, toda consideración filosófica no debe desterrar completamente, dice Giannini, “el modo en que el filósofo viene a encontrarse implicado y complicado en aquello que explica” (*La “Reflexión” cotidiana*, 11).

En segundo lugar, destacamos que las referencias adquieren esa tonalidad que se ha llamado fenomenológica; es decir, que debemos tratar los problemas tal y como se nos aparecen, en el modo de realidad constatada ahí, en el horizonte de su ocurrencia y sin pretensiones de inducirles un modo de ser. Con otras palabras: debemos atenernos a la cosa misma llamada cotidianidad, describiéndola e interpretándola según exigencias que provengan de ella, sean que le pertenezcan como lados objetivos o subjetivos. En este plano, parafraseando a Ortega diremos que lo objetivo deberá ir como tal y lo mismo lo subjetivo.

En tercer lugar, no juzgamos arbitrariamente sobre ningunos de sus aspectos, aunque estamos interesados en esa dimensión en que el fenómeno cotidiano viene a constituirse como un hecho a lo menos bipolar: como realidad efectiva y como realidad conceptual. Lo cotidiano nos pone entonces frente a frente con algo que acontece, y que acontece de un modo determinado, así como también con algo que en rigor se manifiesta también como significación, como concepto. Porque no cabe duda de que el concepto es también algo real, tiene una realidad propia, tan objetiva como el acontecimiento, ya que lo encontramos también ahí, funcionando en el entorno, y en cierto modo, a su manera, influyendo en él, tal como lo hacen también otras realidades que no son conceptuales. Pero es claro, que la realidad del concepto no es del mismo tipo que la realidad efectiva. Y nosotros, respetando la realidad de lo conceptual, queremos, sin embargo, aproximarnos a esa realidad efectiva, no a teorías, aun cuando a esa realidad deba llegarse mediante conceptos y enunciados. Lo decisivo es, empero, comprender que aunque en la ciencia se considere a los conceptos como los mediadores más autorizados entre nosotros y los hechos y como tales seguramente decisivos para una intelección adecuada, la cotidianidad a que queremos referirnos no es, propiamente, un concepto. El concepto, diremos, en su realidad, señala la realidad efectiva, la describe, la explica, la interpreta, pero no la es; por tanto, no se confunde con ella. Así diremos, con H. Giannini, en primer término, que el vocablo “cotidianidad” refiere un modo de ser, una categoría de la vida humana, una condición real según la cual, a lo menos por uno de sus lados

decisivos (la vida tiene muchos lados, decía Ortega), se caracteriza por describir un movimiento que hay que reconocer como “re-flexivo”, porque, a su juicio, la vida, “a través de otras cosas” (circunstancias, situaciones) regresa siempre a un mismo punto de partida, desde el que construye y reconstruye diariamente su trayecto; de modo que este carácter circular debe comprenderse como una dimensión insustituible de su realidad y no un círculo vicioso o como una proyección subjetiva nuestra. En una precisión que vale la pena destacar para no confundir el ciclo cotidiano con el mencionado círculo vicioso, H. Giannini dice que la vida cotidiana se manifiesta como un modo de ser de alguien (una persona, una comunidad, una institución) que “viviendo se reitera silenciosamente y día a día ahonda en sí mismo” (*La R.C.*, 19).

Nos aproximamos entonces a la cotidianidad mediante algunas indicaciones que confiamos provengan del hecho mismo, señales que podemos reconocer como partes de él, o aspectos, sin jerarquizarlos, a lo menos por lo pronto. Confiamos en que lo que sigue, revele la condición de lo cotidiano como realidad insustituible y propia. Esto, claro está, en un sentido todavía muy general e inespecífico, aunque sí propia del fenómeno. Con este marco de referencia, nos sostenemos en la convicción de la veracidad de las siguientes notas propuestas por el pensador chileno:

- a) Que esta teoría no viene a proponer aquí una realidad más verdadera, al margen de lo cotidiano. Esto es: que el camino no lleva, efectivamente, a ningún tipo de realidad más profunda, la cual, “puesta al desnudo la apariencia e ‘inautenticidad’ de nuestro vivir cotidiano invitara a sustituirlo” (*La R.C.*, 19). Y esto es así, afirma Giannini, porque lo cotidiano, es un modo de ser que se despliega día a día y en este desplegarse se va haciendo a sí mismo. Por tanto, en este nivel no se postula nada que trascienda lo cotidiano mismo, su territorio, su tiempo, su lenguaje, etc.
- b) Que los hechos que van apareciendo en este territorio son “intrascendentes” también, en el sentido de ‘insignificantes’, por tratarse de lo que ‘sin pena ni gloria’ *pasa* entre los límites de lo cotidiano y de la rutina, cuestión que, sin embargo, no es contradictoria con lo que el trabajo reflexivo deberá mostrar: lo profundamente significativos que tales hechos son para la vida. En sus estudios sobre la psicopatología de la vida cotidiana ya lo había constatado S. Freud. Sólo que aquí no se trata exclusivamente de fenómenos psicopatológicos, sino de aquéllos plenamente normales según los cuales nos van pasando las cosas y pasando nosotros también entre ellas, a su favor o contra ellas.

Buscamos entonces una determinación estricta del fenómeno cotidianidad, una delimitación inequívoca. Este afán nos lleva a dos caracterizaciones que nos resultan muy decisivas. Primero, la comprensión de lo cotidiano como una clase de experiencia: la experiencia que Giannini denomina común. Segundo, una delimitación de lo que positivamente es, o cómo se nos aparece, esta experiencia común. Así diremos que:

Si bien es cierto que toda experiencia es, en último término, experiencia personal,

experiencia de alguien, no todo en ella tiene un carácter personal. Esta seguridad nos lleva a indagar para poner al descubierto lo que la experiencia tiene de común, aunque se enraíce en individuos como un subsuelo de principios compartidos, principios en rigor comunicantes y, en cuanto tales, también comunicables de algún modo, transferibles por tanto por la vía de algún lenguaje. La experiencia individual se afirma en ellos y así resulta condicionada por ellos a la manera de un ámbito soterrado. La pregunta es aquí: ¿qué es aquello que los hace pertenecer a una experiencia común? H. Giannini dice que es su pertenencia a un tiempo común, asimilándose así la experiencia al tiempo (*La R.C.*, 11): la brevedad, la duración, la profundidad o superficialidad de una experiencia decanta entonces como *temporalidad* y no como naturaleza. Pero, ¿cómo estar seguros de esto, dice Giannini, cómo estar seguros de encontrar lo común y no precisamente a nosotros mismos, a una conciencia que pudiera entenderse como colectiva y no a nuestra propia conciencia? ¿Cómo eludir las trampas de nuestra subjetividad?

El problema ha tenido en H. Giannini dos vías de acceso. El primero, más antiguo, es el camino del lenguaje. Durante mucho tiempo, dice, “estuvimos dando vueltas alrededor del modo en que las cosas se dicen, en que el alma se dice, en que Dios se dice. Rara vez nos hicimos a las cosas mismas, en la certeza de que manteniéndonos así, a la espera, [a la escucha], algo muy importante se recibe de las cosas en las palabras” (*Idem*, 16).

El segundo camino, más reciente, atiende precisamente, a la cosa misma cotidiana, vía que el pensador ha encontrado al volver la mirada a ese territorio que, dice, nos es relativamente próximo y relativamente inexplorado, que hallamos bajo la figura del quehacer diario, territorio en el que nos hallamos como el ser que somos habitualmente, sea como plenamente individualizado, sea como uno más, desde siempre instalados allí. Vida cotidiana, cotidianidad, que desde el pensamiento existencial de Heidegger, de Sartre, de Ortega, de Unamuno, ha empezado “a revelarse con una gran riqueza de desarrollo en diversos campos del saber” (*Idem*, 17), tal como se la puede hallar en enfoques sociológicos, históricos, antropológicos. Sin embargo, dice Giannini, tenemos que evitar una posición como la de Heidegger, por cuanto “supone una valoración pareja, sin matices, del ‘territorio’ y del tiempo cotidianos (realidades que, por lo demás, no describe topológica, cronológicamente)” (*Idem*, 17). Más aún, afirma que tal “concepción supone, además, la identidad entre el ser cotidiano que somos irremediablemente y esa pertenencia a un ‘mundo’ degradado, por lo general; rutinario, ‘inauténtico’, concepción que Giannini discutirá permanentemente (*Idem*, 17).

Pero, entonces, ¿a qué definición se ajusta el hecho que se pretende aprehender? ¿cómo respondería cualquier sujeto a quien de improviso se le preguntara cómo se le presenta, cómo se le aparece y cómo percibe allí mismo esta experiencia cotidiana? Ya hemos adelantado una nota distintiva: la condición pasajera de la vida. Queda por averiguar, sin embargo, cuál es el modo de *pasar* que caracteriza o mejor representa esta vida pasajera de lo cotidiano (*Idem*, 20).

Dos son los modos básicos con que se manifiesta esta condición, según Giannini.

El primero, y que primero salta a la vista, el más habitual, refiere a la constancia y regularidad de las cosas: “a una hora consabida, *vuelven* a repartirse los periódicos, a barrerse las veredas, a levantarse las cortinas de las tiendas, a instalarse los vendedores callejeros, a pasar el recolector municipal, etc.” (*Idem*, 20-21). Pasar es entonces pasar siempre de un modo prácticamente ‘unívoco’, de tal modo regular que no nos sorprende, y en esa misma medida no lo divisamos; somos en él pero no nos percatamos de su constancia. “Lo cotidiano es algo así, dice Giannini, y entonces aparece —y entonces se nos desaparece— como el antimisterio por excelencia, como la más tosca y desabrida de las rutinas” (*Idem*, 21). Cotidiano parece ser así *lo rutinario*.

Pero el término ‘pasar’ tiene referencias ambiguas que aquí resultan decisivas. Así, un segundo sentido, fundamental, surge, precisamente, con los rasgos más opuestos y, sin embargo, igualmente reales. Porque ‘pasar’ no solamente significaría lo fluyente, lo que en su transitoriedad no deja huellas, al menos visibles, sino que también “lo que repentinamente se instala en medio de la vida, lo que irrumpe en ella como novedad” (*Idem*, 21) y cambio. En lo cotidiano reina la rutina, pero es también el lugar en que emerge y se sitúa *lo transgresor*. Ambos modos de ser pasajero, son igualmente decisivos en lo cotidiano y no puede sin más situarse la cotidianidad en uno u otro, sino en ambos. *Rutina* y *Transgresión* serán los nombres con que el pensador chileno identificará estas dos modalidades del *pasar* en el que desde ya o desde siempre estamos situados. Al menos formalmente. Y esta doble coordenada deberá manifestarse en todas las estructuras (territoriales, temporales y lingüísticas) de la vida o experiencia común a la que nos acercamos ahora con nuevos instrumentos de interpretación.

La pregunta que surge en este punto es: ¿cómo llevar adelante la investigación de la experiencia común, cuando se comprende que ella es la experiencia de un tiempo común, y en cuanto tal, incluye lo cotidiano en toda su extensión, desde lo más banal e insignificante, hasta lo más puramente excepcional?

Una respuesta interesante se nos ofrece en la actualidad bajo la determinación de una investigación *arqueológica*. La expresión “arqueología” está hoy en el centro del interés de la filosofía y de las ciencias humanas. Según Giannini, una arqueología de la experiencia tiene sentido porque “lo banal, lo insignificante, posee por lo general un fondo significativo”... que pueden encaminarnos hacia una conexión de sentido sumergida objetivamente en las estructuras [espaciales, temporales o lingüísticas] ya desleídas de los hechos.” (*Idem*, 43). Entonces, “eso que así se transfiere a espaldas de lo que hace noticia, puede incluso ser un signo de que allí hay justamente algo por investigar.” (*Idem*, 44).

Otro tanto vale para lo que irrumpe y trastorna lo desleído de los hechos, sobre todo en tiempos en que la cultura se ha extendido hacia ámbitos hasta ayer inexistentes, exigiendo lecturas inéditas, emergentes, pero que ya se saben transitorias, impermanentes, porque los hechos mismos lo son. Y porque tal es la situación básica de la cultura en tiempos globalizados, es que la propia cultura convoca a la integración de saberes, más que al desarrollo fragmentario de disciplinas sin conexión.

Bibliografía

- Garretón, Manuel Antonio (2001) Cultura y desarrollo en Chile. Pasado y presente, en M. A. Garretón (Coordinador), *Cultura y desarrollo en Chile. Dimensiones y perspectivas en el cambio de siglo*. Stgo de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Garretón, Manuel Antonio (Coordinador) (2003) *El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política cultural de integración*. Stgo de Chile: Fondo de Cultura Económica, S.A.
- Giannini, Humberto (1999) *La "Reflexión" cotidiana". Hacia una arqueología de la experiencia*. 5ª edición. Stgo de Chile: Editorial Universitaria.
- Subercaseaux, Bernardo (2001) Políticas culturales, institucionalidad y democracia, M.A. Garretón, *Cultura y desarrollo en Chile. Dimensiones y perspectivas en el cambio de siglo*. Stgo de Chile: Editorial Andrés Bello.